



EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

11 de Octubre de 2026

Nº 43



**Introducción al
Apocalipsis**
(p.2)

**El vestido de la
Reforma (II) -**
E. G. White (p. 17)

**Unidos contra...
“EL HIJO DE
DIOS
ENGENDRADO”**
(p.20)

Desde el Santuario, Cristo

Explicación de Apocalipsis 1

Por: John García

Desde el Santuario, Cristo manda poder a la Iglesia

La lectura bíblica la encontramos en el libro de Apocalipsis, capítulo 22, versículo 19: «Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad, y de las cosas que están escritas en este libro» (Apocalipsis 22:19).

Me sonreía mientras cantábamos el último himno, «Escuchamos tu llamada», porque me acuerdo de que este himno me gustaba mucho y tiene mucho que ver con mi historia. Pero después me di cuenta de que ya no estamos tan jóvenes para cantar este himno, que aplica más a los jóvenes, ¿no? Porque los jóvenes son los que Dios está llamando; a los adultos ya nos ha llamado hace tiempo. Y justamente, recordando ese himno, me acuerdo de una historia con la cual quiero comenzar aquí la reflexión.

Preso por burlarme de la autoridad

¿Qué sucedió cuando yo tenía justamente 18 años? Estaba más joven. Estamos hablando aproximadamente del año 1994. Yo no era cristiano todavía; me faltaba un año para ser cristiano. Estaba en la universidad estudiando física y matemáticas, y en

vacaciones fui con unos amigos a pasar esas vacaciones en su casa. Y en una salida, de todo el grupo de jóvenes que salimos a pasear en una camioneta, se me ocurrió especialmente a mí, cuando vi unos policías que estaban allá, en Venezuela, burlarme de ellos, decirles que eran como unos de safari; ya no me acuerdo ni qué fue lo que dije.

Y burlarme de la autoridad no tuvo buena consecuencia, porque al final nos interceptaron, nos bajaron de la camioneta y nos dieron unos peinillazos. La peinilla es como un machete corto, pero en lugar de darnos con el filo nos dieron con la parte plana, allí en las espaldas y en las nalgas y todo eso. Y no solamente hicieron eso: nos llevaron presos. Y obviamente el culpable era yo, porque yo fui el que me burlé de los policías. Y no solamente eso: nos dejaron todo el fin de semana presos, porque eso ocurrió un viernes ya en la tarde, tarde noche.

Y claro, primero nos llevan a la cárcel de los policías, porque fueron unos policías, y a los presos que estaban allí se les ocurrió escaparse, porque los policías no estaban atentos a los presos. Empezaron a mover allí las rejas, partieron una y se escaparon. Nosotros no sabíamos si escaparnos o quedarnos. Al final nos quedamos, y entonces nos llevaron presos a otra cárcel,

pero ya no era de policías locales, sino de nivel nacional, y una cárcel de alta peligrosidad.

Y ahí, cuando nos llevan, nos colocan en el patio, y los que estaban allí nos cuentan que la noche anterior habían abusado de uno de los jóvenes que también estaba preso allí por haberse robado un champú. Y cuando ocurre eso, en mi mente vino la angustia, porque ya no era solamente que estábamos presos, sino que nos iban a violentar, ¿no? Y yo recuerdo que en ese momento fue que me acordé de Dios.

«Señor, si tú me libras de esta»

Y le oí a Dios. Yo, claro, seis años antes había hecho el bautismo, porque a mí no me bautizaron de pequeño, de bebé, sino que yo de grande, a los 12 años, fue que decidí bautizarme en la Iglesia católica. Y ahí me acordé, y le oí a Dios, y me acuerdo de que le dije: «Señor, si tú me libras de esta y no me pasa nada, no me violentan, yo me meto a cura». Eso fue lo que le dije.

Y resulta que, gracias a Dios, no pasó nada. ¿Que si tenía miedo? Estaba asustado. Y después lo olvidé; o sea, después que salimos de la angustia olvidé las promesas. Pero Dios no lo olvidó, porque justamente al año siguiente de ese evento, un año después, en junio del año siguiente, yo me estaba bautizando en la Iglesia Adventista, después de haber estudiado el libro del Apocalipsis en un curso bíblico que me ofrecieron. Y a los dos años del bautismo, es decir, tres años después de este evento, fue cuando decidí

dejar la carrera de física para irme a estudiar teología.

Los caminos de Dios. Fui preso por mal comportamiento, no fui por mi fe, pero estuve preso y estuve en angustia, y en la angustia Dios me liberó. Justamente hoy quiero que compartamos la historia de otro preso, pero que no estaba preso por mal comportamiento, sino por su fe.

Juan, preso por su fe

Y este preso estaba en la época del Imperio romano, preso por su fe. Dice en el libro de Apocalipsis, en el capítulo 1, específicamente en el versículo 9: «Yo Juan, vuestro hermano, y participante en la tribulación y en el reino, y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla que es llamada Patmos, por la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo» (Apocalipsis 1:9).

Entonces, este libro comienza con Juan contándonos dónde tiene la visión, dónde escribe el libro y por qué estaba preso allí, en una isla. ¿Y cómo es que estaba Juan preso en esa isla? ¿Por qué llegó a estar preso? Bueno, como decíamos, el Imperio romano había sido, digamos, a veces perseguidor y a veces no perseguidor de los cristianos. Pero siempre que había perseguido a los cristianos, los había perseguido porque los judíos, por celos, acusaban a los cristianos ante los romanos. En el libro de los Hechos de los Apóstoles vemos bastante eso, cuando lo hacían con el apóstol Pablo. En ese momento, en tiempos de Pablo, el emperador que estaba allí era Nerón.

Pero ya en este momento en el que Juan está preso, todos los apóstoles habían muerto; habían sido martirizados por su fe. Y el último que quedaba de los apóstoles era justamente Juan, el apóstol Juan. Y también los judíos lo acusaron, y también el emperador de ese momento, que era Domiciano, lo llevó preso. Pero la causa por la que este emperador llevaba preso a Juan y a muchos cristianos era porque él se hacía llamar «señor y dios» y se presentaba como el representante de Júpiter. ¿De Júpiter? De Júpiter, el Zeus de la trinidad: Júpiter, Juno y Minerva, que eran los tres principales dioses del panteón romano. Y él exigía que la gente le ofreciera culto como si fuese un dios, que le ofrecieran incienso. Obviamente, para los cristianos esto no era posible, porque era violar el mandamiento, y eso fue lo que hizo que fuesen perseguidos.

La caldera de aceite y la isla de Patmos

El líder principal que quedaba en la iglesia en ese momento era Juan, y el emperador lo llama. Obviamente, Juan no va a adorar a Domiciano. Y el castigo, parecido al que sometieron a los amigos de Daniel, fue que, en lugar de lanzarlo a un horno de fuego, lo lanzaron a una caldera de aceite hirviendo. Yo pocas veces cocino, pero cuando aprendí a cocinar, hace mucho tiempo, me cayó bastante aceite, y eso era horrible. Cuando uno se quema con aceite... Imagínense que te echen, no aceite en una mano, sino completamente, en una caldera de aceite hirviendo. Bueno, el testimonio nos

confirma aquella tradición donde dice que cuando Juan fue echado en esa caldera, lo mismo que a los amigos de Daniel, no le pasó nada. O sea, no se quemó, no murió. El emperador no pudo matarlo, y como no pudo matarlo para apagar su testimonio, es cuando lo envía preso a la isla de Patmos. O sea, Patmos era un destierro; era una isla de destierro. Te enviaban allí y no podías salir. Estabas preso en la isla. E imagínense entonces el cuadro, ¿no?, donde el único testigo fiel y testigo ocular del evangelio, que era Juan, está preso. La iglesia está perseguida, y en el mundo no hay libertad religiosa ni de conciencia; hay crisis. Y entonces, imaginémonos a la iglesia orando. ¿Y cuál fue la respuesta de Dios? En medio de esa crisis, ¿cuál fue la respuesta de Dios? Bueno, así como hemos hablado, Dios siempre responde en nuestras crisis, ¿no? En este caso, la respuesta que Dios da, primeramente para Juan y luego para la iglesia, es la que está allí, en el capítulo 1 de Apocalipsis. Lo primero que dice la Escritura es: la revelación de Jesucristo.

La revelación de Jesucristo

O sea, Dios respondió, y responde ante cualquier crisis, revelándonos ¿a quién? A su Hijo. ¿Por qué? Porque al final lo que él nos quiere hacer entender es que la única forma de librarnos de todas nuestras angustias es su Hijo.

Y Apocalipsis comienza justamente diciendo eso: «La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder presto; y la declaró, enviándola por su ángel a Juan

su siervo» (Apocalipsis 1:1). Entonces, la primera cosa que tenemos que entender aquí, en este versículo número 1, es que todo el Apocalipsis es una revelación. Es una revelación, y miren la secuencia, cómo va el orden, ¿no? Dios, el Padre, la da a Jesucristo. Jesucristo entonces se la manda a su pueblo, pero se la manda a través de su ángel, y el ángel se la trae a Juan, que es el apóstol, que es su siervo.

Pero esto no era solamente para el siervo Juan, sino para todos sus siervos. Por eso es que luego, en el versículo 11, el mismo Jesús que está en la visión le dice a Juan: «Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia; a Éfeso, y a Smirna, y a Pérgamo, y a Tiatira, y a Sardis, y a Filadelfia, y a Laodicea» (Apocalipsis 1:11). Y cuando leemos cada una de las introducciones del mensaje a las iglesias, el versículo 1 del capítulo 2, por ejemplo, dice: «Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso» (Apocalipsis 2:1).

El orden de Dios en su revelación

Entonces, estos versículos lo que nos muestran es una secuencia y un orden que Dios manifiesta en su revelación y en su salvación. El orden viene de Dios primero, de la cabeza; segundo, Jesucristo. El tercero que aparece en esta secuencia es el ángel, que indudablemente, aunque aquí en Apocalipsis no se dice el nombre, por la expresión «su ángel», comparándolo con Daniel, se refiere a Gabriel. Gabriel es el que ocupa hoy día la posición que alguna vez tuvo Lucifer, el querubín, como lo

explica Elena de White en *El Deseado de todas las gentes* (capítulos 23 y 74).

Ese sería el tercero. El cuarto en esta secuencia viene a ser entonces Juan, que es el apóstol. Juan envía el Apocalipsis a las iglesias, pero antes de que sea leído a las iglesias, el mensaje va al ángel de cada iglesia. ¿Y quién es el ángel? El ángel de cada iglesia, en este contexto, no es un ángel literal del cielo, sino que se refiere a un mensajero, al mensajero principal, al líder principal de la iglesia; es decir, al anciano, al pastor de esa iglesia.

Entonces, esa es la secuencia: al final, después de que el mensaje se da al pastor local, vamos a decirlo así, al anciano, entonces llega a cada uno de los miembros, a cada uno de los hermanos. Esa es la secuencia, ese es el orden. Eso es lo que nosotros también podemos ver que se llama el orden evangélico.

«Las cosas que deben suceder presto»

¿Cuál es el propósito? Dice el versículo 1: manifestar lo que va a suceder pronto. O sea, Dios quiere que estemos atentos a lo que va a suceder. Y ese «pronto» ha sido objeto de muchas burlas, porque la gente dice: «Mira, esto fue escrito hace 2000 años. ¿Cuánto es pronto para Dios? ¿O cuánto es pronto? ¿Dios está acaso burlándose de nosotros, o manteniéndose siempre en una expectativa?».

Bueno, es que la gente no entiende que el versículo 1, y esta frase, «pronto», deben entenderse con el versículo 19, porque dice el versículo 19 del mismo Apocalipsis 1:

«Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas» (Apocalipsis 1:19). Esas cosas que has visto, ¿a qué se refieren? ¿A lo que ha visto en el futuro, en el presente o en el pasado? Al pasado. Las que son, ¿a qué se refieren? Al presente, al presente de Juan. Y las que han de ser después de estas: al futuro. Entonces, cuando dice que sucederán pronto, es que siempre prontamente han estado sucediendo. Sucedieron cosas en el pasado de Juan que estaban profetizadas, suceden cosas en el presente de Juan que están aquí y sucederán cosas en el futuro de Juan que están aquí. Y para nosotros es lo mismo. Para nosotros también está el mensaje; o sea, también aplica lo mismo. Hay cosas que han sucedido en el pasado, cosas que están sucediendo en el presente y cosas que sucederán pronto, presto, en el futuro, y están concentradas en este mismo libro del Apocalipsis.

La palabra de Dios, el testimonio de Jesucristo y lo que Juan vio

Ahora saltamos al versículo 2 de Apocalipsis 1. Vamos a tratar de ver algunas cosas importantes de cada uno de estos versículos. Dice que Juan, el apóstol, «ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto» (Apocalipsis 1:2). Es interesante que son tres cosas las que se mencionan aquí. La palabra de Dios, ¿a qué se refiere? Al Antiguo Testamento, a todo lo que sería la Biblia, ¿no? Juan había dado testimonio de la Escritura, de lo que está en

el Antiguo Testamento; en su momento, eso era la Escritura.

Y cuando dice que Juan también había dado testimonio del testimonio de Jesucristo, ¿a qué se refiere? ¿A lo que hizo Jesús, a que fue testigo? No. ¿Qué es el testimonio de Jesucristo? Según sabemos nosotros por la misma Biblia —para los que quizás nos sigan y no conozcan este versículo, muy conocido en el ámbito adventista—, la Palabra, en Apocalipsis capítulo 19, versículo 10, dice: «el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía» (Apocalipsis 19:10). Entonces Juan dio testimonio del espíritu de profecía.

Cuando Juan dio testimonio del testimonio de Jesucristo, que es el espíritu de la profecía, ¿a qué se está refiriendo? A los profetas. A los profetas, pero no a los profetas del Antiguo Testamento, sino del Nuevo, porque esos profetas del Antiguo Testamento ya están incluidos en la palabra de Dios. El espíritu de profecía son los profetas que están en el presente; es decir, los profetas que tenía la iglesia cristiana. ¿O no hubo profetas en la iglesia cristiana? Sí, ¿verdad? Porque si leemos los Hechos de los Apóstoles, vemos que hay una gran cantidad de profetas.

Entonces, ahí vamos viendo dos cosas de las que Juan ha dado testimonio: la palabra de Dios, la Escritura, el Antiguo Testamento; y los profetas que estaban en la iglesia, el don de profecía. Y tercero, dice el versículo: «y de todas las cosas que ha visto». ¿A qué se refiere eso? ¿A la experiencia de Juan? No su experiencia; es el testimonio de lo que él ha visto. Es lo mismo que dice Pedro. Esa parte no la

estudiamos esta mañana, pero está conectada con este versículo. Pedro dice que él no predicaba a Cristo «siguiendo fábulas por arte compuestas; sino como habiendo con nuestros propios ojos visto su majestad» (2 Pedro 1:16). O sea, Juan, los apóstoles, todos los apóstoles, eran testigos oculares de Cristo.

«Bienaventurado el que lee»

Entonces, ahí está hablando él de su testimonio, de lo que él vio, como también luego escribió en la carta, ¿no?: lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que hemos tocado, palpado tocante al Verbo de vida, eso anunciamos. Entonces él está diciendo: yo he dado testimonio de esas tres cosas: testimonio de lo que está escrito, testimonio de lo que dicen los profetas, el espíritu de profecía, y testimonio de lo que yo viví, de lo que yo conocí de Jesucristo. Y en ese contexto es que él dice:

«Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía» (Apocalipsis 1:3). Porque esta palabra, este libro, en ese momento era el testimonio de Jesucristo, el libro del Apocalipsis. Y hay una bienaventuranza no solamente en leerla y oír la palabra, sino también en guardarla. Y una vez más dice: «porque el tiempo está cerca» (Apocalipsis 1:3).

Entonces, aquí encontramos la introducción del libro de Apocalipsis. Ahora, en los versículos siguientes vamos a encontrar un saludo, pero más que saludo es una bendición, es una gracia. Dice el versículo 4: «Juan a las siete iglesias que están en Asia: Gracia sea con vosotros, y paz» (Apocalipsis 1:4). Pero no es algo que da

Juan. Dice: «del que es y que era y que ha de venir» (Apocalipsis 1:4). Esta es una expresión que se refiere al Padre: el que es, el que era y el que ha de ser, la existencia, ¿no? Esta es una forma de decir el «Yo soy». Yo soy es el que es, Yo soy es el que era y Yo soy es el que será hacia el futuro.

Los siete Espíritus delante del trono

Ese es uno que manda la gracia y la paz. ¿Quién más manda la gracia y la paz? Dice: «los siete Espíritus que están delante de su trono». Es Apocalipsis 1:4. ¿A qué se refiere cuando dice «los siete Espíritus que están delante de su trono»? Al Espíritu Santo. Y justamente la forma de mencionarlo, que son siete espíritus, está hablando de la plenitud del Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo.

Acuérdense de que el número siete es algo que simboliza la perfección, lo completo, porque Dios completó toda su obra en seis días y el séptimo lo bendijo. Estaba todo completo. Entonces, los siete espíritus representan la plenitud del poder de Dios, la plenitud de la divinidad, y se representa como siete espíritus.

En este punto inclusive coincidimos con Urías Smith, que decía que el que se mencionen siete espíritus es una evidencia de su impersonalidad. Porque si fuese una persona no diría siete espíritus. «Nunca leemos de siete dioses o siete Cristos», dice Urías Smith (Review and Herald, 28 de octubre de 1890). Entonces, esa forma de expresarse aquí del Espíritu Santo nos muestra que no es un ser como lo es el Padre, como lo es el Hijo, pero sí nos

muestra la plenitud de la divinidad, que es el Espíritu Santo.

Jesucristo, el testigo fiel y el primogénito de los muertos

Y el versículo 5 dice que esta gracia y paz viene también «de Jesucristo, el testigo fiel» (Apocalipsis 1:5). Y se presenta Jesucristo como el testigo fiel porque él fue el que dio testimonio ante Pilato, y de la verdad también dio testimonio. Dice que es «el primogénito de los muertos» (Apocalipsis 1:5). ¿Por qué se dice que es el primogénito de los muertos? Porque la palabra «primogénito», si la traducimos como lo dicen los teólogos, dicen que es el preeminente, el preeminente de los muertos; o sea, es el primero. Si la traducimos como significa la palabra, «primogénito» significa el primero engendrado de los muertos.

Y esto podría significar lo que dice Hechos 13:33, que también lo hemos estudiado, cuando Pablo habla de la resurrección de Cristo y aplica el versículo que dice que eso se cumplió para que se cumpliera la Escritura que dice: «yo te he engendrado hoy» (Hechos 13:33). O sea, que Jesucristo también, al resucitar de los muertos, al volver a la vida —estando muerto completamente y el Padre resucitarlo—, es darle vida de nuevo, como cuando el Padre lo engendró en los días de la eternidad.

Y luego sigue diciendo: «y príncipe de los reyes de la tierra» (Apocalipsis 1:5), o principal de los reyes de la tierra, porque Cristo es el Rey de reyes y Señor de señores, porque él es el que está establecido, por su herencia de humano, como el que será Rey de reyes, porque él es

el Hijo de David. Y la promesa que se le hizo a David fue que de tu simiente, de tu misma carne, se levantará uno y su reino será eterno. Entonces, está hablando aquí justamente de Cristo, y es como aparece él luego en Apocalipsis 19, ¿verdad?, que dice: «Rey de reyes y Señor de señores» (Apocalipsis 19:16).

El trío celestial: gracia y paz para la iglesia

Y concluye: «Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre» (Apocalipsis 1:5). Entonces, esto es lo que diríamos, usando la expresión de Elena de White, el trío celestial: el Padre, que es, que era y que ha de venir; los siete Espíritus que están delante de su trono; y Jesucristo. Y la gracia y la paz vienen del trío celestial. Viene la gracia, viene la paz, viene el poder. La iglesia necesitaba gracia y paz en ese momento de angustia. Pero es algo que también nosotros necesitamos, ya sea en nuestra angustia personal o en la angustia que irá incrementándose según la misma profecía de la Biblia.

Del versículo 6 en adelante sigue diciendo lo que Jesucristo ha hecho, porque sigue hablando de Jesucristo, ¿no? O sea, comenzó hablando de Jesucristo en el versículo 5 y sigue hablando. No solamente nos amó, como dice el versículo 5 al final, y nos lavó de nuestros pecados, sino que el 6 dice: «Y nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios y su Padre; a él sea gloria e imperio para siempre jamás» (Apocalipsis 1:6).

Entonces, aquí está incluido el perdón, o sea, la justificación. Nos amó y nos ha

lavado del pecado con su sangre: o sea, la justificación y la santificación. Y el 6, cuando dice «nos ha hecho reyes y sacerdotes», está hablando también de nuestra misión y de nuestra futura gloria: reyes, sacerdotes.

«He aquí que viene con las nubes»

El versículo 7 sigue hablando de Jesús: «He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán sobre él» (Apocalipsis 1:7). Entonces, a partir de aquí entendemos, o digamos que es otro versículo que complementa la gran verdad que se les dijo a los discípulos cuando Jesús ascendió: «este mismo Jesús que ha sido tomado desde vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hechos 1:11).

¿Y cómo lo vieron? Los discípulos lo vieron que se fue; todo ojo le verá que vendrá. Pero además añade que los que le traspasaron también lo verán, y los linajes de la tierra también lo verán. O sea, lo que sabemos como adventistas es que la segunda venida de Cristo será visible. No existe fundamento bíblico para esa teoría de un rapto secreto. No. Todo ojo le verá, y vendrá con las nubes.

Versículo 8: «Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso» (Apocalipsis 1:8). Bueno, aquí estamos viendo que se presentan el Padre y el Hijo. El Hijo es el Alfa y la Omega, el principio y el fin. «Dice el Señor», que es Jesucristo. Y cuando dice «que es y que era y que ha de venir», ya se repite lo que dice al principio

del versículo 4: el Padre también se manifiesta aquí. O sea, el Padre y el Hijo están en la visión.

Vuestro hermano en la tribulación

Bueno, esta es la introducción, digamos, por así decirlo; como cuando alguien escribe un libro: la introducción, el prólogo, los agradecimientos. Ahora Juan dice en el versículo 9 el contexto en el que él escribe o en el que tiene las visiones. Dice: «Yo Juan, vuestro hermano, y participante en la tribulación y en el reino, y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla que es llamada Patmos, por la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo» (Apocalipsis 1:9). Entonces, cosa interesante aquí para meditar. Primera parte: Juan no se presenta como el magnífico y grandioso apóstol de apóstoles en una gran cruzada apostólica. Se presenta como vuestro hermano, y como el que también participa de la tribulación, de la persecución, del reino y de la paciencia de Jesucristo. ¿Por qué? Porque esto, como decíamos, es algo que también nosotros tenemos que conocer, comprender y estudiar, porque usa palabras que también nosotros vamos a experimentar. Cuando Apocalipsis 14:12 dice: «Aquí está la paciencia de los santos» (Apocalipsis 14:12), está hablando justamente de lo mismo que dice aquí Juan. Necesitamos la paciencia, porque cuando venga la tribulación, cuando venga la persecución, nosotros solo soportaremos si tenemos la paciencia de Jesucristo.

Él ha dicho que estaba en la isla llamada Patmos. ¿Y por qué? ¿Cuál era la causa de su persecución? ¿Por qué se había hecho

abhorrecible para el emperador y para todos los demás? Por dos cosas: la palabra de Dios y ¿qué más? El testimonio. ¿Y qué es el testimonio? El espíritu de profecía. O sea, sostener la palabra escrita y sostener el espíritu de profecía. Porque el espíritu de profecía, si no lo hemos entendido todavía, no es algo que sea exclusivamente de la Iglesia Adventista del último tiempo. Realmente el espíritu de profecía, el testimonio de Jesús, es algo que la iglesia de Cristo siempre ha tenido.

Aborrecidos por el testimonio de Jesús

Y aquí lo vemos: en el tiempo de Juan estaba la palabra de Dios, que sería la Escritura, y el testimonio de Jesús, que era el espíritu de profecía. Y Juan, ¿qué sostenía? ¿Solamente la palabra de Dios? No, dice que él estaba allí por la palabra de Dios y por el testimonio de Jesucristo. O sea, que Juan aceptaba todo: la Biblia y el espíritu de la profecía. Y por aceptar ambas cosas, dice que él estaba en la isla de Patmos.

Y aunque hoy día nosotros no estamos en una isla o en una persecución literal, sin embargo, muchas veces somos mal vistos. Somos mal vistos por el mundo en general porque tenemos la palabra de Dios. Y la gente, sobre todo aquí en España, uno ve que se burlan de la Escritura, que eso es un libro viejo, un Dios imaginario, etcétera. Pero cuando uno entonces se reúne o comparte con otros cristianos, uno esperaría también recibir un poquito de consuelo. Pero aun los cristianos, los que se llaman cristianos, también nos aborrecen, porque

además de la palabra de Dios, ¿qué tenemos también nosotros? El espíritu de profecía. Entonces también uno ve que somos aborrecidos por los que se llaman cristianos porque también tenemos el testimonio de Jesucristo, porque ellos dicen creer y amar la palabra de Dios, pero aborrecen el testimonio de Jesucristo.

Y al final, al aborrecer el testimonio de Jesucristo, también están aborreciendo la palabra de Dios, o por lo menos cierta porción de la palabra de Dios. Porque ¿quién testifica del testimonio de Jesucristo? La Palabra, ¿no? ¿Dónde estamos leyendo? ¿En qué parte estamos leyendo la existencia del testimonio de Jesucristo? En la palabra de Dios. Entonces, aquellos que se dicen cristianos y no creen en el testimonio de Jesucristo, ¿qué están diciendo? Miren, por lo menos si nos ceñimos a Apocalipsis, no creen en Apocalipsis 1:2, ni en Apocalipsis 1:9, ni en Apocalipsis 6:9, ni en Apocalipsis 19:10, ni en Apocalipsis 12:17, ni en Apocalipsis 20:4. En esos versículos no creen, porque todos esos versículos —solamente en Apocalipsis, y no los hemos leído todos— mencionan la existencia del testimonio de Jesús, y varios de ellos lo mencionan como algo diferente a la palabra de Dios, porque lo ponen así: la palabra de Dios, el testimonio de Jesús; la palabra de Dios, el testimonio de Jesús. Por lo menos en el 1:2, en el 1:9, en el 6:9 y en el 20:4, Juan lo presenta como dos cosas. Y entonces estamos viendo que eso es rechazado.

En el Espíritu en el día del Señor

Seguimos leyendo, versículo 10. Juan estaba en la isla de Patmos por esas dos cosas, la palabra de Dios y el testimonio de Jesús. Y luego dice que, estando él en Patmos —versículo 10—: «Yo fui en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta» (Apocalipsis 1:10). Entonces, aquí está la última explicación que él da del contexto, y a partir del versículo 11, en el resto del libro, son todas las visiones que él ve allí en Patmos. Son todas las visiones que él ve allí en Patmos.

Y dice primero, en el versículo 10, antes de avanzar —ya lo leímos—: «Yo fui en el Espíritu en el día del Señor». ¿Qué significa esa expresión? «Yo fui», o «yo estaba»; dicen otras versiones: «yo estaba en el Espíritu». Justamente lo que estudiamos en la Escuela Sabática. Cuando Juan dice «yo estaba en el Espíritu», ¿qué está diciendo? Bueno, él tenía —no sabemos cuánto tiempo, pero tenía— varios días en Patmos, y seguramente después también estuvo en Patmos varios días, y seguramente él estaba lleno del Espíritu, porque ya lo había recibido en Pentecostés. Pero cuando él dice «yo estaba en el Espíritu», es algo diferente a tener la presencia del Espíritu. Eso significa que él estaba en inspiración; o sea, que vino sobre él la inspiración del Espíritu Santo.

¿Ese día? ¿Qué día? El día del Señor. ¿Y qué día es el día del Señor? El séptimo día, ¿no? Cuando dice «el día del Señor», ¿a qué se refiere? Cuando dice «yo estaba en el Espíritu en el día del Señor», es: yo estaba en inspiración profética el sábado. El sábado, el día de reposo.

Entonces, de todos los días, Dios escogió el sábado para darle la inspiración profética, y él lo señala: «Yo fui en el Espíritu en el día del Señor». Es decir, es otra referencia a que Dios seguía teniendo santo el séptimo día de la semana, porque en el último libro de la Biblia Juan menciona que Dios escogió ese día para darle la revelación del Apocalipsis.

«Escribe en un libro»

Y comienza la revelación justamente como ya lo ha dicho: una revelación, más que de eventos, es, como literalmente dice la palabra, la revelación de Jesucristo. Lo primero que dice él es: «oí detrás de mí una gran voz como de trompeta»; o sea, una voz con un sonido fuerte. ¿Y qué decía esa voz? «Yo soy el Alpha y Omega, el primero y el último» (Apocalipsis 1:11). ¿Y quién es ese? Jesús, porque lo dice luego; vamos a verlo a continuación.

Pero antes de decirlo —ya lo leímos, pero vamos a leerlo en este contexto—, lo primero que recibe Juan de parte de Jesús es esa instrucción: «Escribe en un libro lo que ves» (Apocalipsis 1:11). O sea, lo que vas a ver lo vas a escribir en un libro y lo vas a enviar a las siete iglesias que están en Asia: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.

Entonces, a veces uno se encuentra gente que quiere debatir con uno, ¿no? Y sobre todo hay algunos que dicen: «Ah, pero ¿dónde mandó Dios a escribir la Biblia?». Sobre todo católicos hacen ese tipo de pregunta: ¿dónde mandó Dios a escribir la Biblia? Como para decir que, como Dios no lo mandó a escribir, según ellos, entonces

eso es lo que hizo la Iglesia católica. Y como la Iglesia católica, según ellos, escribió la Biblia, tenemos todos que hacernos católicos. Esa es la falacia mental a la que ellos quieren llegar.

Pero, además de que el razonamiento es errado, el fundamento también lo es, porque yo les respondo: bueno, Apocalipsis 1:11. Jesús dice: «Escribe en un libro». Jesús le dice a Juan: «Escribe en un libro». Y hay muchos versículos del Antiguo Testamento. Se lo dice Dios a Isaías, se lo dice a Habacuc, que lo escriba en tablas, se lo dice también a Jeremías. Es más, a Jeremías le dijo que escribiera un libro, y ese libro llegó al rey. El rey recibió el libro, lo quemó, y Dios le dijo: vuelve a escribir el libro. Y se le añadieron muchas otras palabras.

Dios quiere que su verdad se conozca

Y a Moisés también, cuando estaba en el monte, le dijo Dios: escribe lo que te voy a enseñar para el pueblo. O sea, que es falso. Sí, Dios mandó escribir y que se conservara. En Isaías inclusive hay un versículo que dice: escribe en un libro para que quede perpetuamente, hasta el final de los tiempos. O sea, que sí, Dios mandó escribir todo lo que hoy tenemos como la Escritura.

En especial, Jesús le dice a Juan: escribe en un libro lo que ves, pero ese escrito no te lo quedes solamente para ti; envíalo a las siete iglesias. Y aquí también entendemos, ¿no?, y deducimos y comprendemos con esta expresión que Dios quiere que su verdad se conozca. En especial, en el contexto principal de este versículo, Dios quiere que

el mundo entero sepa la profecía de Apocalipsis. O sea, lo que Dios quiere que nosotros distribuyamos, que enviemos al mundo entero, es el libro del Apocalipsis. Mucha gente piensa, por la leyenda que se ha hecho en torno a este libro, que es un libro que habla de bestias y marcas y cosas raras y guerras; y la gente le tiene miedo a este libro y piensa que no se puede entender. Y realmente la palabra «apocalipsis» lo que significa es revelación, aunque en el ideario popular signifique tragedia. Cuando la gente dice: «No, eso es algo apocalíptico», es algo terrible, fin del mundo. Pero realmente la palabra «apocalipsis» significa revelación, y la revelación ya está definida: es de Jesucristo, y quiere el Señor que vaya a todo el mundo.

Siete candeleros de oro: Juan en el santuario celestial

Juan escucha, y Juan quiere ver quién está hablando, porque, aunque se ha presentado como el primero y el último, el Alfa y la Omega, él todavía no lo ha visto. Entonces, el versículo 12 es cuando él dice: «Y me volví a ver la voz que hablaba conmigo: y vuelto, vi siete candeleros de oro» (Apocalipsis 1:12). Y es allí cuando ya no solamente lo está escuchando, sino que ve directamente con sus ojos al mismo Jesús que había visto cuando estuvo en la tierra, pero en una situación diferente, porque lo primero que él dice es: «vi siete candeleros de oro».

¿Y esto qué nos muestra? ¿Qué nos muestra este detalle en particular? ¿Qué nos muestra esto de dónde se encuentra Juan en visión? El santuario. El santuario, porque él dice:

«me volví a ver... y vuelto, vi siete candeleros de oro». O sea, él se está ubicando. En Patmos no hay candeleros de oro. Él estaba en Patmos, pero ahora él explica: yo estaba en Patmos, pero luego, en el día sábado, estaba en el Espíritu, y en el Espíritu escuché una voz, y cuando me volví hacia la voz vi siete candeleros. O sea, lo que está diciendo es: mira, no sé cómo — porque también Pablo lo dice así, ¿no?: yo no sé cómo ni cuándo fui llevado hasta el tercer cielo—. Aunque Juan no lo dice con esas palabras, es lo mismo que ocurre. Juan es llevado hasta el tercer cielo, y lo que ve son siete candeleros. Está viendo el santuario.

Y no está viendo el santuario mosaico, ni el santuario de Salomón, ni el de Herodes; o sea, tampoco es que se lo llevaron al templo de Jerusalén, porque ya no existía. ¿Cuándo fue destruido el templo de Jerusalén? Esa parte no la mencioné: la cronología de este momento. Aunque mencioné la historia, no coloqué el año. ¿En qué año escribió Juan esto? Aproximadamente estábamos en los años 90 después de Cristo, y no había templo de Jerusalén, porque fue destruido ¿cuándo? En el 70. O sea, que hacía 20 años, más de 20 años, que ya había sido destruido el templo.

Entonces, ¿qué templo es el que está viendo aquí Juan? El celestial, el original. Estaba en visión. También Ezequiel, en visión, fue llevado: él estaba en Babilonia y fue llevado a Jerusalén, al templo. Pero Juan no fue llevado al templo de Jerusalén, porque ya no existía. Fue llevado al templo original, el que está en el cielo, y ve siete candeleros de oro.

En el lugar santo, Jesús sacerdote

Entonces, vuelvo a preguntar: okay, está en el cielo, en el santuario. ¿Y en qué parte del santuario exactamente? En el lugar santo. Esto justamente es importante entenderlo, porque esto nos ubica todo el resto de la profecía, que estudiaremos la próxima semana. Vamos a estudiar estos siguientes sábados todo lo que serían las visiones de Apocalipsis; por eso estamos comenzando hoy con el capítulo 1.

Entonces: lugar santo, santuario celestial. Ahí es donde está Juan, en espíritu, en visión. ¿Y qué ve? El versículo 13: «Y en medio de los siete candeleros, uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por los pechos con una cinta de oro» (Apocalipsis 1:13). Entonces, ¿quién es el Hijo del hombre? Jesucristo.

¿Y qué hace Jesucristo en el santuario celestial, si Jesucristo no es sacerdote? Él no es de la tribu de Leví; él es de la tribu de Judá, y de la tribu de Judá no hay nada que hable del sacerdocio. ¿Qué hace Jesús ahí, en el lugar santo? Ah, porque, como ya lo hemos dicho — bueno, lo dice la Escritura en Hebreos, capítulo 7, citando el Antiguo Testamento —, Jesucristo es del orden de Melquisedec, y al orden de Melquisedec le corresponde el santuario; o sea, que Jesús es sacerdote aquí. Entonces aquí Jesús está vestido, dice, con una ropa que llegaba hasta los pies, ceñido por los pechos con una cinta de oro; o sea, una vestimenta de sacerdote. Y por tanto, en el santuario celestial, especialmente en el lugar santo, está Jesús haciendo su sacerdocio. Su sacerdocio.

Entonces, fíjense en el mensaje que está aquí, ¿no?, que ya lo hemos venido viendo desde el principio. Es lo mismo que Jesús le dice a Pilato cuando Pilato le dice: ¿no sabes que tengo poder para soltarte? Jesús le dice: «Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuese dado de arriba» (Juan 19:11). O sea, al final todos los reyes, por muy poderosos que quieran presentarse, si están reinando es porque Dios les ha dado esa potestad, les ha permitido eso, porque sobre los reyes está, como dice aquí, ¿no?, el Rey de reyes, el príncipe de los reyes de la tierra. Y ese príncipe no solamente es príncipe: está de sacerdote. ¿Y qué significa? Que está intercediendo por su pueblo.

El Hijo de Dios glorificado

Versículo 14: «Y su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca, como la nieve; y sus ojos como llama de fuego» (Apocalipsis 1:14). Versículo 15: «Y sus pies semejantes al latón fino» —o al bronce bruñido, dicen otras versiones—, «ardientes como en un horno; y su voz como ruido de muchas aguas» (Apocalipsis 1:15). Este es Jesús, pero no es el mismo Jesús que estuvo en la cruz, porque este Jesús está glorificado.

Este Jesús está, no con el cuerpo de humillación nuestra, sino con el cuerpo de gloria suya, como dice Filipenses, porque Jesús ha resucitado con carne santa y ha recibido de nuevo la gloria en el cielo, como él se la pidió a su Padre. Le dijo: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú cerca de ti mismo con aquella gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo fuese» (Juan 17:5).

Le pide a su Padre que le devuelva esa gloria.

Y obviamente no se la devolvió en el momento en que oró en Getsemaní, ni en la cruz; pero después que resucitó sí fue a esa gloria, y se le devolvió su gloria. Y la evidencia en la tierra de que se le devolvió esa gloria fue justamente el Pentecostés. Es lo que dice Pedro: «ha derramado esto que vosotros veis» (Hechos 2:33), el Espíritu Santo. Y así lo ve Juan en Apocalipsis: glorificado.

Y fíjense cómo se presenta, ¿no? Sigue teniendo la forma humana, pero ahora sus ojos son como llama de fuego. Nada que ver con ojos azules, o con ojos verdes, o con ojos marrones. Ojos como llama de fuego. Es lo que necesitamos nosotros. Pies como el bronce ardiente; o sea, lo que está diciendo Juan es que lo vio brillante. Esto se parece mucho —y supongo yo que Juan lo habrá recordado— a la visión que tuvieron en la transfiguración, justamente cuando lo vieron transfigurado Juan, Pedro y Santiago.

Las siete estrellas en su diestra

Su voz como ruido de muchas aguas, como la voz del Omnipotente. Y aquí viene la parte interesante, la parte final. Dice el versículo 16: «Y tenía en su diestra siete estrellas: y de su boca salía una espada aguda de dos filos. Y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza» (Apocalipsis 1:16). Fíjense que esto es lo mismo que dice Pablo en Tesalonicenses: que al inicio el Señor «matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida» (2 Tesalonicenses

2:8). Y eso es lo que él está mostrando aquí: su omnipotencia, su poderío como el Hijo de Dios glorificado.

Pero en medio de ese poder tiene en su diestra siete estrellas. ¿Qué son esas siete estrellas? Ya lo voy a explicar. Dice aquí, en el 17, Juan: «Y cuando yo le vi, caí como muerto a sus pies» (Apocalipsis 1:17). ¿Por qué? Porque, bueno, es demasiada gloria; no la puede contemplar el ser humano. Sin embargo, dice: «Y él puso su diestra sobre mí» —su mano derecha—, «diciéndome: No temas: yo soy el primero y el último; Y el que vivo, y he sido muerto; y he aquí que vivo por siglos de siglos, Amén» (Apocalipsis 1:17-18).

O sea: yo soy. Así como con María, ¿no?, cuando salió de la tumba y ella no lo reconocía y pensó que era el hortelano. La llamó por su nombre: «¡María!» (Juan 20:16). Entonces ya se animó. Bueno, aquí también le dice a Juan: yo soy, yo soy el primero y el último. Y además le dice: yo soy el que vivo; he sido muerto, pero vivo por los siglos de los siglos.

«Tengo las llaves del infierno y de la muerte»

Pero además le dice algo interesante: «Y tengo las llaves del infierno y de la muerte» (Apocalipsis 1:18). Aquel infierno es el sepulcro, el Seol, la tumba. Pues tengo las llaves del sepulcro y de la muerte. O sea, no solamente yo he resucitado, sino que tengo en mi mano el poder de resucitar. Así que no tengas miedo.

Pero ¿cuál sería el miedo que iba a tener Juan? Bueno, Juan estaba en Patmos. Juan sabía que la iglesia estaba en persecución y

que muchos estaban siendo martirizados. Entonces dice: ese es el mensaje también: no tengan miedo. O sea, lo que se le dice a Juan es también para la iglesia, y también para nosotros: yo pasé por allí. Yo he muerto, pero he vuelto a la vida, y tengo el poder de traerte a ti de la muerte, si hace falta.

Y es cuando finalmente concluye esta primera parte, esta visión, en lo que ya hemos leído. Le repite la orden: «Escribe las cosas que has visto» (Apocalipsis 1:19); o sea, en este momento, toda la visión del capítulo 1, de Jesús glorificado; «y las que son», las que son en este momento; «y las que han de ser después de estas», las cosas que vas a ver de ahora en adelante, el resto de los 21 capítulos, que son visiones. También él debía describirlas.

El misterio de las estrellas y los candeleros

Y le da la explicación: «El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y los siete candeleros de oro. Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias» (Apocalipsis 1:20). Es decir, son los ancianos. Y esos ancianos, esos líderes, Jesucristo los tiene en su diestra. Y esto hace referencia inclusive a lo que Jesús dijo cuando estuvo en la tierra, en Juan 10, cuando dice que a sus ovejas las tiene en su mano: «ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:28).

Entonces, nosotros estamos allí, en la mano de Cristo, y eso es lo que quiere: que tengamos la certeza. Estamos en su mano, en su mano derecha, y cualquier cosa que pueda suceder o que no suceda no escapa de

su planificación, de su cuidado y de su propósito.

No solamente están en su mano los líderes, los ancianos, sino que también dice que los siete candeleros que has visto, además de ser el santuario, tienen un símbolo. Dice: «y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias» (Apocalipsis 1:20). O sea, cada uno de los candeleros es una iglesia. Una es Éfeso, otra es Esmirna, otra es Pérgamo, otra es Tiatira, otra es Sardis, otra es Filadelfia y otra es Laodicea.

Y ya veremos la semana que viene que esas iglesias son literales —en el momento de Juan existían—, pero que también son un símbolo de los siete periodos históricos de la iglesia cristiana. Dando con eso Jesús a entender que él tenía su iglesia de ese momento en la mano y que estaría siempre teniendo su iglesia en la mano durante las siete épocas de la historia, hasta el fin. Es decir, que nada se le ha escapado al Señor, ni se le va a escapar.

Conclusión

Y eso es lo primero que él le dice a Juan, lo primero que debía escuchar la iglesia y lo primero que tenemos que entender nosotros: que si estamos en tribulación, o cuando estemos en tribulación, quien nos tiene en su mano no es un rey, no es un presidente, no es un hombre que tenga mucho dinero, o un jeque, o cualquier persona que tenga mucho

poder o dinero. No. Quien nos tiene en su mano es el Hijo mismo de Dios, que se presenta aquí ya glorificado, con todo el poder.

Él nos tiene en su diestra, y él nos dice: «No temas». No temas ni siquiera a la muerte. Ni siquiera a la muerte. Porque si la muerte nos alcanza en ese lugar, Jesús también tiene la llave.

Entonces, que estas primeras palabras que hemos estudiado de Apocalipsis sean de mucha bendición y sirvan para motivarnos a profundizar más, a analizar más. Y también nos van a ayudar a comprender todo el resto de las profecías y de las visiones que vamos a ir viendo en estos sábados, Dios mediante, para estudiar también esas visiones del libro del Apocalipsis, que, junto con las visiones de Daniel, es el mensaje de la verdad presente.



ELENA DE WHITE

EL VESTIDO DE LA REFORMA (II)

The Health Reformer, 1 de Mayo de 1872EL VESTIDO DE LA REFORMA
(SEGUNDA PARTE)

The Health Reformer, 1 de mayo de 1872

(Continuación del número anterior)

Para mantener una circulación uniforme, debe haber una distribución uniforme de la ropa, que dé igual calor a todas las partes del cuerpo. Los miembros, que son los más alejados de los órganos vitales, deberían protegerse más completamente con abrigos cálidos. Las extremidades deben resguardarse cuidadosamente del frío y del enfriamiento con una cantidad adicional de ropa. Es imposible que las mujeres tengan habitualmente los miembros helados y los pies fríos sin que alguno de los órganos internos se congestione. Sobre el pecho, donde se halla la mayor cantidad de calor, se llevan por lo común de seis a ocho espesores. Sobre la parte inferior de la cintura hay, además de las muchas capas, cintas y pliegues que producen calor. Sobre las caderas y la espalda, la moda ha introducido miriñaques y sobrefaldas abullonadas y dispuestas en todas las formas imaginables para destruir la graciosa belleza de la figura femenina, y a todo esto se añade la faja; mientras que los miembros inferiores solo cuentan con uno o dos espesores de tela ligera. Los pies van con frecuencia cubiertos con medias de algodón y zapatos de paño.

Con el estilo actual del vestido femenino es imposible conservar una circulación uniforme de la sangre. Como los miembros quedan casi desnudos, el frío contrae los diminutos vasos sanguíneos, y la corriente de la vida es rechazada, enfriada, de su cauce natural, mientras que las muchas capas adicionales sobre el pecho, la espalda y la parte inferior del cuerpo atraen la sangre hacia esas partes; y el calor animal así retenido debilita y extenua estos órganos delicados, y el resultado es la congestión y la inflamación.

Recomendamos a nuestras hermanas un vestido reformado que está de acuerdo con las leyes de la salud y que es decoroso. Este vestido queda de nueve a diez pulgadas del suelo, y, cuando está pulcra y debidamente ajustado, es modesto y decoroso.

Preguntamos: ¿Por qué no han de vestir las mujeres sus miembros tan completamente como los hombres visten los suyos? La salud y la comodidad son objetivos de suficiente importancia como para hacer el intento de alcanzarlos. Los adornos artificiales nunca pueden ocupar el lugar de la belleza natural que imparte la salud.

Para que las mujeres estén protegidas contra los cambios repentinos de nuestro clima variable, los pies y los miembros deben ir tan vestidos como las demás partes del cuerpo. Los brazos y las manos, por estar

cerca del corazón, se cuidarán mejor por sí mismos, pues no corren tanto peligro como los miembros inferiores. Los pies y los miembros necesitan un cuidado especial. En muchas, han estado descuidados durante tanto tiempo que los vasos sanguíneos no se han llenado, y, por haber sido tan débil la circulación, se han contraído y no pueden contener la debida proporción de sangre que la naturaleza dispuso que contuvieran; por eso están siempre fríos.

Los miembros deben vestirse con pantalones, cortados siempre según un patrón aprobado, y estrechados de modo que lleguen hasta el empeine del zapato. La costumbre y la moda tendrán su falsa norma de modestia, y fingirán sonrojarse y mostrarse horrorizadas al ver los miembros de la mujer vestidos con sensatez y de manera saludable. Deseamos que se nos dé una razón sensata, si es que puede darse, para esta ciega oposición al vestido de la reforma. Las burlas, el ridículo y el desprecio pueden ser para algunas argumentos tan convincentes que, después de haber adoptado el vestido corto, modesto y saludable, al hallar oposición en esta forma, se retirarán de las filas de la reforma del vestido, y ya no la defenderán ni tendrán el valor de llevar el vestido de la reforma. Los reformadores sensatos de la salud, que obran por principio, deben tomar las burlas por lo que valen. El ridículo y el desprecio no pueden hacer «un cabello blanco o negro». Queremos que la razón y el intelecto ocupen el campo, y que la voluntad se someta al dominio de una conciencia iluminada. Nos proponemos ser fieles a Dios y a lo recto. Si hay razones sensatas y de peso que puedan presentarse

contra el vestido de la reforma, todavía no las hemos encontrado. Estamos dispuestas a dejarnos convencer. Mientras no veamos mejores argumentos que «¡Oh, qué mal se ve una mujer con pantalones!», «¡Qué dirá la gente!», «¡Antes muerta que ponérmelos!», seguiremos llevando el vestido de la reforma.

No adoptamos este estilo de vestido para ser singulares, a fin de atraer la atención. No nos apartamos del estilo común del vestido de moda con semejante objeto. Preferimos estar de acuerdo con los demás en la teoría y en la práctica, si podemos hacerlo y, al mismo tiempo, estar en armonía con la ley de Dios y con las leyes de nuestro ser. Creemos que es malo diferir de los demás, a menos que sea necesario diferir para estar en lo recto. Al llevar la cruz de adoptar el vestido de la reforma, nos guía el sentido del deber. Y aunque pueda parecer censurable a quienes se rigen por la moda, sostenemos que es el estilo de vestido más cómodo, el más verdaderamente modesto y el más saludable que lleva la mujer.

Hemos calculado el costo de parecer singulares a los ojos de quienes se sienten obligados a inclinarse ante la moda. Y decidimos que, al fin, valdrá la pena procurar obrar bien, aunque por ahora parezcamos extrañas a los ojos de quienes están dispuestos a sacrificar la conveniencia, la comodidad y la salud en el altar de la moda.

No favorece la salud tener muchas capas sobre el abdomen y la parte baja de la espalda, mientras las extremidades quedan casi desprovistas de ropa. La razón enseña que las partes del cuerpo que tienen más

ropa tendrán la mayor cantidad de calor. A cada latido del corazón, la sangre debe ser impulsada hacia las extremidades con rapidez y facilidad para que haya salud. Abogamos por los pantalones abrigados y forrados en invierno, para que la sangre sea atraída hacia las extremidades, a fin de que estas no se vean privadas, por la escasez de ropa, de su debida proporción de sangre. La corriente de la vida humana lucha por recorrer su acostumbrado circuito y no debe ser estorbada en su curso por el cuerpo a causa de la manera imperfecta en que las mujeres visten sus miembros. No vemos en qué sea indecoroso el vestido de la reforma que recomendamos. Es cierto que no está de moda. Pero ¿qué importa? Las modas no siempre vienen del cielo. Ni vienen siempre de los puros, los virtuosos y los buenos.

Sería en verdad cosa maravillosa que la moda inventase algo tan modesto, sencillo y sensato como el vestido de la reforma, que está en armonía con las leyes físicas.

Algunas dicen: «No creemos que sea modesto exponer los pies y los miembros como tienen que exponerse al llevar el vestido corto». Esto es precisamente lo que procuramos evitar al adoptar el vestido de la reforma. Es verdad que este estilo de vestido deja ver los pies. ¿Y por qué ha de avergonzarse la mujer de sus pies bien calzados más que los hombres de los suyos? De nada le sirve tratar de ocultar el hecho de que tiene pies. Esto era un hecho establecido mucho antes de que se usaran las faldas de cola.

No podemos, aunque quisiéramos, ocultar el hecho de que las mujeres tienen pies y miembros que fueron hechos para usarse.

Pero en cuanto a la exposición, esta se halla

del otro lado de la cuestión. Hemos viajado extensamente durante los últimos veinticinco años, y hemos sido testigos oculares de muchas exposiciones indecentes de los miembros. Pero la exposición más común se ve en las calles cuando hay nieve ligera, o humedad y barro. Se necesitan ambas manos para levantar el vestido, a fin de que libre la humedad y la inmundicia. Es cosa común ver el vestido levantado media yarda, dejando un tobillo casi desnudo a la vista de los caballeros; pero nadie parece sonrojarse por esta exposición inmodesta. El delicado pudor de nadie parece ofenderse, porque esto es lo acostumbrado. Es la moda, y por eso se soporta. No se oye ningún clamor contra la inmodestia, aunque lo es en el sentido más pleno.

Pero ¿oculta siempre el estilo popular del vestido femenino los pies de la mujer a la mirada pública? Ved a aquella dama que cruza la calle enlodada, sosteniendo sus faldas casi al doble de altura del suelo que las nuestras, y exponiendo no solo sus pies, sino sus miembros casi desnudos.

Exposiciones semejantes son frecuentes al subir y bajar las escaleras, y al ser ayudada a subir a los carruajes y a bajar de ellos. Estas exposiciones son desagradables, si no vergonzosas; y un estilo de vestido que hace casi segura su frecuente repetición debemos considerarlo una pobre salvaguardia de la modestia y de la virtud. Pero no nos proponíamos exponer esta falsa modestia respecto de los pies de la mujer, sino sencillamente defender el estilo de vestido que consideramos, en todo sentido, verdaderamente modesto.

Católicos, Protestantes y Adventistas Apóstatas están

UNIDOS CONTRA EL HIJO ENGENDRADO EN LA ETERNIDAD

John García

Unidos contra el Hijo nacido en la eternidad

El tema de hoy es «Unidos contra el engendramiento de Jesús en la eternidad».

Ese es el tema de hoy, para justamente comprender más acerca de estas grandes verdades en el contexto profético. Esto es justamente un repaso del gran conflicto.

Queremos comenzar pensando, reflexionando, haciéndoles pensar que muchas personas se unen a batallas, se unen a guerras, sin saber la causa. Si yo les preguntara a ustedes, por ejemplo, ¿cuál fue la causa de la Primera Guerra Mundial?, ¿sabrían responder? ¿O cuál fue la causa de la Segunda Guerra Mundial? ¿Sabrían responder? ¿Será que las personas que tuvieron participación en esa guerra, los militares, los soldados que fueron, las naciones que apoyaron, sabían por qué estaban peleando, por qué estaban en esa batalla? Bueno, la mayoría estuvo involucrada en esa batalla sin saber por qué.

Y eso es una ilustración de lo que realmente sucede actualmente en el mundo, en la tierra. Nosotros ni siquiera sabemos por qué estamos involucrados en esta batalla en la que estamos. Es más, muchos ni siquiera saben que están involucrados en una batalla. Y la batalla a la que me refiero no es

meramente carnal, política, terrenal, sino una batalla espiritual, una batalla mundial, un conflicto cósmico: la guerra entre Miguel y Satanás. Miguel y sus aliados contra Satanás y sus aliados. Y para hablar un poco de esta guerra, vamos a comenzar hablando de cuál es el motivo, cuál es la causa, el propósito de esta guerra, por qué se originó.

Una batalla que comenzó en el cielo

Dice aquí que el motivo, finalmente, es la destrucción de los seres humanos. Pero vamos a entender un poco más acerca de esto. El libro de Apocalipsis, capítulo 12, versículos 7 al 9, justamente nos habla de esto, nos habla un poco de esa batalla que comenzó en el cielo. Dice allí el versículo: «Y fue hecha una grande batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón; y lidiaba el dragón y sus ángeles» (Apocalipsis 12:7). ¿Y cuál era esa motivación? La Biblia dice que ellos no prevalecieron, que no hubo lugar para ellos en el cielo, y que por tanto ese dragón fue lanzado fuera. Ese dragón se llama Diablo y Satanás, y fue lanzado a la tierra, y como estrategia de su batalla, él engaña. Yéndonos a la Biblia, buscando la explicación de por qué ocurrió esa gran

batalla, encontramos que en Isaías 14, en el versículo 13 y el versículo 14, se muestra lo que Lucifer decía en su mente, en su corazón; este era su pensamiento: «Subiré al cielo, en lo alto junto a las estrellas de Dios ensalzaré mi solio, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del aquilón» (Isaías 14:13). Entonces, ¿qué es lo que nos descifra aquí Isaías acerca de esa gran batalla? Bueno, que Lucifer quería estar por encima de los ángeles, de las estrellas de Dios. O sea, él quería ocupar el lugar de Cristo.

Porque fíjense que aparece aquí, en Apocalipsis, Miguel y sus ángeles. Los ángeles le pertenecen a Miguel porque Miguel los creó, porque Miguel es Jesucristo, porque Miguel, según Daniel, es el príncipe. El príncipe es el hijo del rey. ¿Y quién es el rey? Es Dios. ¿Y quién es el hijo del rey? El príncipe, que es Cristo, que es Miguel. ¿Y por qué Jesús es el Hijo de Dios? Porque Dios lo engendró.

Entonces, Lucifer quería ser también como Cristo; quería, como dice el texto de Isaías, levantar su trono más arriba, al

mismo nivel que tenía Dios, que tenía el Hijo de Dios, y quería ser semejante al Altísimo, semejante a Cristo. Ahora, fíjense: él quería ser semejante a Cristo, pero no en el carácter, sino en el poder. No en la humildad, sino en el poderío, en el señorío. En eso quería él ser semejante a Cristo. Él codicia ese poder. Él codicia el poder que tenía Cristo. El poder que tenía Cristo.

UNA BATALLA QUE COMENZÓ EN EL CIELO

El conflicto cósmico, la caída del dragón y la codicia de Lucifer

1. LA BATALLA EN EL CIELO

(Apocalipsis 12:7-9)

EL MOTIVO:
La destrucción
de los seres
humanos

«Y fue hecha una grande batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón... y no prevalecieron».

¡Lanzado a la tierra!

Usa el engaño como estrategia

¿QUIÉN ES MIGUEL?

EL REY = DIOS

EL PRÍNCIPE =
El Hijo del Rey.
Es Miguel (Jesucristo),
quien engendró Dios
y creó a los ángeles

Los ángeles
le pertenecen
porque Él los creó

2. EL PENSAMIENTO DE LUCIFER (Isaías 14:13-14)

«Subiré al cielo... y en el monte del testimonio me sentaré... Seré semejante al Altísimo».

Quería estar por encima de las estrellas de Dios y ocupar el lugar de Cristo.

Quería estar por encima de las estrellas de Dios y ocupar el lugar de Cristo.

3. LA CODICIA DE LUCIFER



QUERÍA SER
SEMEJANTE
A CRISTO...

No en carácter (humildad, amor), sino en PODER, SEÑORÍO y TRONO.



¡CODICIABA
EL PODER
DE CRISTO!

El concilio entre el Padre y el Hijo

Y justamente dice Zacarías 6:13 que se hizo un concilio, el concilio que siempre se hace entre el Padre y el Hijo. Lo dice Zacarías 6:13: el concilio entre ambos a dos. Y Lucifer quería ser parte de ese concilio; quería que se le consultase a él también, que fuese tratado como el Padre trataba a Jesucristo, como uno que es igual a Dios. Lucifer quería eso. Entonces, como no fue aceptado, comenzó su rebelión.

¿Por qué no fue aceptado? El Padre dijo claramente que nadie podía entrar en ese concilio sino Jesucristo. ¿Por qué? Porque era el Hijo de Dios, porque era de la misma naturaleza de Dios, del mismo carácter de Dios, de la misma mente de Dios (véase Elena G. de White, Patriarcas y profetas, cap. 1, pp. 11 y 14-15). Es el Hijo de Dios, tenía la herencia divina, era Dios por herencia.

En cambio Lucifer, por mucho que era un ángel exaltado —de todas las criaturas era la criatura más exaltada—, ocupaba el tercer lugar en el cielo. O sea, estaba el Padre, el primero; el segundo estaba Cristo, y de tercero estaba Lucifer. O sea, que Lucifer era el tercero desde Dios en autoridad, pero de todas las criaturas era el primero, era la primera criatura. Entonces, él no se conformó con eso. Él quería ser parte del concilio. El concilio que es entre dos, él quería ser el tercero en ese concilio. Como el Padre le dice: «No puedes; solamente el Hijo, porque es divino como yo; tú no puedes, eres una criatura», entonces él se rebela contra esa gran verdad, contra esa realidad, y acusa que se le ha menoscabado su poder, que se le ha

colocado en un lugar menor, porque el Padre exaltó al Hijo. Y eso fue lo que motivó esa primera rebelión.

La doctrina del dragón: un tercero en la deidad

Ahora, ¿qué más nos dice? ¿Qué más vemos en la historia? En la historia es lo que ya leímos, Apocalipsis 12. Ángeles se unen a Dios, a Cristo, a la verdad. ¿A cuál verdad? Que Cristo podía recibir todos esos honores porque era el unigénito Hijo de Dios, el único Hijo de Dios engendrado, literalmente Hijo de Dios. Dos tercios de los ángeles se unen a esa verdad. Lucifer se rebela contra esa verdad del unigénito, y con él se une un tercio de los ángeles, y entonces se cumple Apocalipsis 12:7: hubo una batalla en el cielo.

Entonces, ¿cuál era el motivo de la batalla? ¿Por qué estaban Miguel y sus ángeles luchando contra el dragón y sus ángeles? ¿Por qué? Porque el dragón quería ser el tercero, quería ser otro hijo de Dios. Él no quería que Jesús fuese el unigénito, el único Hijo literal. Él dice: «No, yo también soy como Cristo». Él quería ser otro hijo de Dios. Él quería ser el tercero en el concilio, y como no logró que se le aceptase, entonces quiso usar la fuerza. Entonces, la batalla del dragón contra Miguel es porque el dragón quiere ser el tercero, el tercero en la deidad. Y la batalla de Cristo contra el dragón es para decirle: «No, no puede ser. Solamente están el Padre y el Hijo». Esa es la batalla. Eso es lo que se muestra en Apocalipsis 12:7. Ese es el origen de la batalla, la causa fundamental.

Y como dice Apocalipsis 12:7 — y leímos también el 8 y el 9 —, en el 8 dice: «Y no prevalecieron» (Apocalipsis 12:8). O sea, el dragón no pudo prevalecer con su doctrina en el cielo. ¿Cuál es la doctrina del dragón? Que en el concilio de la deidad no solamente deben estar el Padre y el Hijo, sino que debe estar también un tercero. Esa es la doctrina de Lucifer. La doctrina de Miguel era el Padre y el Hijo en el concilio. Entonces, no prevaleció esa doctrina del dragón, no prevaleció el dragón, y entonces dice aquí que no se halló más lugar para ellos en el cielo. O sea, no podían estar en el cielo. Fue lanzado fuera.

Dice el versículo 9 de Apocalipsis 12: «Y fue lanzado fuera aquel gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña a todo el mundo; fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él» (Apocalipsis 12:9). Y con él vino esa doctrina. Así es como comienza el gran conflicto en el cielo.

Monogénés: el punto en debate

Cuando dice que es arrojado a la tierra, ¿cómo podemos entonces dilucidar este gran conflicto? De nuevo, el conflicto está en pugna. Aquí está la palabra monogénés, porque la palabra monogénés es la palabra que está en Juan 3:16, que dice que Dios

envió a su Hijo unigénito. Ese «unigénito» es monogénés: unigénito, único engendrado. Y ese es el punto en discusión, ese es el punto en debate, ese es el punto en batalla que comenzó en el cielo, por el que no se halló más lugar para ellos y por el que fue lanzado entonces a la tierra. Ahora, ese punto, esa batalla, se traslada a la tierra. Esa batalla que comenzó en el cielo se traslada a la



tierra, y lo vemos allí: se nos dice claramente que cuando Dios creó la tierra, la creó por medio de su Hijo. Todo lo creó el Padre por medio del Hijo únicamente. O sea, textos como Juan, capítulo 1, versículo 3, nos dicen estas cosas. Es muy claro. Juan 1:3 dice, por ejemplo, hablando del Verbo: «Todas las cosas por él fueron hechas» (Juan 1:3). Todo fue por él. Todo por él, singular: todo lo creó Cristo. «Y sin él» —sin Cristo— «nada de lo que es hecho, fue hecho» (Juan 1:3). O sea, nada lo creó el Espíritu Santo. Vamos a ser más específicos: el Padre no creó nada, él mismo mandó a su Hijo; y el Espíritu Santo no creó nada, ni mandó a nadie, porque el Espíritu Santo no aparece mandando a nadie ni aparece creando. Entonces, todo fue creado por el Padre por medio de su Hijo. Eso es lo que dice Juan 1:3. Lo dice también Colosenses 1:15 y 16: todo fue creado por medio de él y para él.

Esta verdad se la comunica Dios a Adán y Eva. ¿Qué verdad? La verdad que está en Génesis 1:26, cuando Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen» (Génesis 1:26). Se lo dice el Padre al Hijo. No se lo dice al Espíritu Santo. No se lo dicen al Espíritu Santo. O sea, esto es un concilio, el concilio de la creación. El Padre le dice al Hijo: «Hagamos». El Padre le dice al Hijo: hagamos al hombre a nuestra imagen, la imagen que tiene el Padre y que comparte con el Hijo, porque el Hijo es la misma imagen de la sustancia del Padre. Entonces, esto se lo comunica Dios a Adán y a Eva, y al final aparece esta gran verdad, que la conocían Adán y Eva.

El sopro del Omnipotente

¿Qué pasa luego? ¿Qué pasa luego? Es cuando aparece entonces la serpiente. Pero, hablando más de la creación, ¿cómo aparece el Espíritu Santo en la creación? En Génesis 1:2, en Génesis 2:7, en Job 26:13, en Job 33:4, en el Salmo 33:6, en el Salmo 104:30, siempre aparece el espíritu como el sopro de Cristo, el sopro con el que Cristo creó. O sea, por ejemplo, cuando Dios creó al hombre, cuando Jesús creó al hombre, sopló en su nariz aliento de vida. En su nariz sopló el espíritu. El sopro del Omnipotente me dio vida. El sopro del Omnipotente: ¿quién es el que sopló? No sopló el Espíritu Santo; sopló Jesucristo. ¿Y qué fue lo que sopló? El espíritu, el ruaj. Entonces, ahí está en la creación.

Entonces, por eso es que se demuestra claramente en la creación, se evidencia, que el Padre es el único Dios, que Jesucristo es el único Dios por herencia, el único Dios engendrado. Entonces, Jesús heredó todas las cosas, los atributos de su Padre, en el momento en que fue engendrado, en los días de la eternidad. Pues eso es lo que dice Miqueas, ¿no? Y cuando fue engendrado, fue para ese propósito, para que fuese el Creador directo. De modo que el Padre es el autor intelectual de la creación, Jesucristo es el autor material de la creación y el Espíritu Santo es el poder que Jesús usó para crear. Así es como lo presenta la Escritura. No estamos hablando de tradiciones, filosofía, doctrina, dogmas. No estamos hablando de eso; estamos hablando de lo que está literalmente escrito en la palabra. ¿Por qué? Porque la palabra es lo más importante para mí. O sea, si yo sopeso lo que dijo Juan el apóstol con lo que dice un papa, con lo que

diga un padre de la iglesia —qué sé yo, Agustín o Tomás de Aquino—, o con lo que diga cualquier otro ser humano, un pastor, Lutero, Calvino, o con lo que diga Jaime White, lo más importante realmente es lo que está escrito en la palabra. Y la palabra dice esto; dice esto, no dice otra cosa.

Entonces, por eso entendemos que esta es la gran verdad que conocían Adán y Eva.

Porque cuando Dios crea a Eva y crea a Adán, al final les comunica cuál fue su origen. Génesis 1:26: Dios dijo:

«Hagamos». Dios hizo al hombre del polvo. Sopló en su nariz Espíritu Santo. El sopló del Omnipotente me dio vida. Eso lo sabía Adán, eso lo sabía Eva. Sabían que Dios era el Padre y el Hijo, la deidad, y que el Espíritu Santo también era parte de ese trío celestial, pero como un espíritu, como un aliento. Eso es lo que sabían Adán y Eva.

«Seréis como dioses»

Entonces, ¿qué pasa? Bueno, ahora viene la tentación, y ahí es donde viene el punto. En la tentación viene Lucifer a trasladar la batalla. Acuérdense de que la batalla primeramente es mental. La primera batalla es mental. Cuando Lucifer comenzó, su rebelión comenzó con una enseñanza, con una petición, con un argumento. Ese argumento se lo dijo a los ángeles: «Yo necesito ser el tercero en el concilio. Yo quiero ser parte de la deidad». Así comenzó. Y luego, por luchar por esa doctrina, hubo una batalla.

Ahora en la tierra hace lo mismo. Hace lo mismo. Dice el libro de Génesis, capítulo 3, que el dragón, bajo la figura, bajo el disfraz de la serpiente, se acerca a Eva y le dice:

«No moriréis» (Génesis 3:4). Porque Dios le dice: no comas del árbol prohibido, no lo toques, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás. Entonces la serpiente dice —Génesis 3:4 y el versículo 5—: «No moriréis; mas sabe Dios que el día que comiereis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal» (Génesis 3:4-5).

Entonces, fíjense que la misma doctrina que lo hizo a él caer, la misma doctrina que fue su batalla, él se la comunica ahora a Adán y Eva; les inyecta su mismo deseo: ustedes también pueden ser dioses; así como yo quería ser Dios y no me dejaron, bueno, ustedes pueden ser dioses. La misma doctrina, la misma falsa doctrina de que Dios puede ser más que el Padre y el Hijo. El Padre es el único Dios. Jesucristo es el Hijo de Dios y, por tanto, Dios por herencia. Esa es la gran verdad.

La motivación de Eva

Ahora, ¿qué fue lo que Lucifer quiso hacer en el cielo? Ser el tercero en la deidad, ser parte de la deidad. Y les comunicó la misma doctrina falsa a Adán y Eva: ustedes también pueden ser parte de la deidad, ser como dioses. Cuando la mujer vio esto, dice la Escritura que se dejó convencer por la doctrina, y esa convicción de falsa doctrina la llevó a comer del árbol prohibido, porque dijo: «Bueno, si por el árbol me convierto en diosa, comeré de este árbol». Y comió del árbol para convertirse en diosa.

¿Cuál es la motivación de Eva? Ser diosa.

¿Cuál fue la acción de Eva? Comió del árbol. Eso tenemos que verlo. Eso es lo que está en la Escritura. Eso es lo que dice la

Escritura. ¿Cuál fue la motivación de Lucifer? Ser el tercero en la deidad. ¿Cuál fue la acción de Lucifer? Batalla en el cielo. Eso es lo que está en la Escritura. Entonces, estas son las motivaciones de la guerra espiritual y cósmica en la que nos encontramos, como lo está presentando claramente, claramente, la Escritura. Y alguien podría decir: «Hay que decir la verdad: los que no se arrepienten van al infierno». Bueno, la palabra «infierno» es el sepulcro, las tumbas, y todos, creyentes y no creyentes, vamos al infierno, porque vamos al sepulcro, vamos a las tumbas. Ahora, los que no acepten la verdad... Es en el juicio, cuando resucitemos todos; y cuando resuciten los que se van a perder, entonces habrá un juicio, y los que no se hayan arrepentido serán lanzados en el lago de fuego y azufre, en la muerte segunda, en la destrucción. Pero eso será al final de los mil años, dice el Apocalipsis, no ahorita.

Ur de los Caldeos: el llamado de Abraham

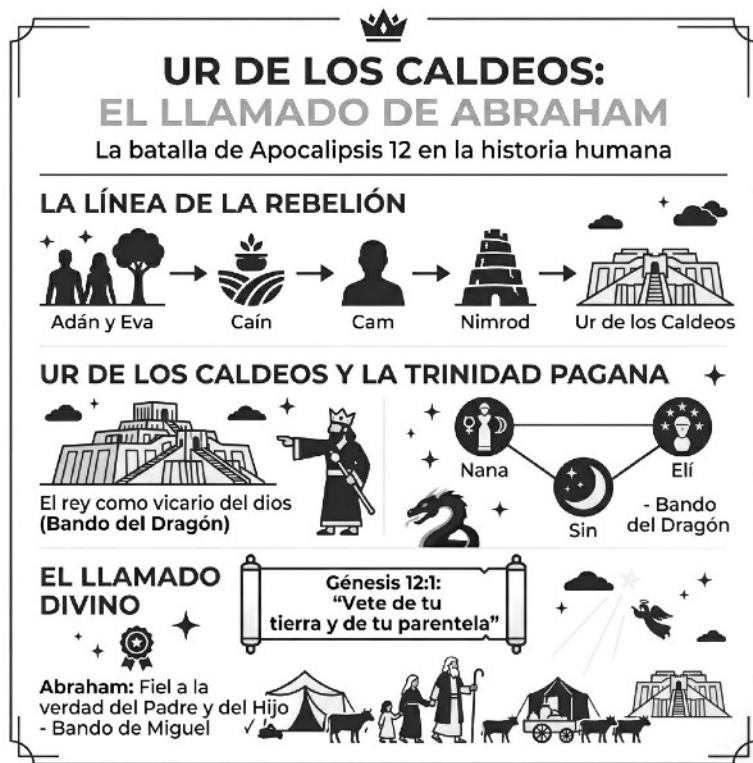
¿Tuvo Lucifer envidia y celos de Jesús? Es correcto. Bueno, entonces, avanzando en la historia del conflicto, vamos a seguir viendo esta misma batalla, este mismo conflicto, que surge ahora avanzando en la historia. Porque podemos hacer un recorrido casi de cada uno, pero vamos a ver las historias principales mencionadas en la Biblia. Esta rebeldía de Adán y Eva luego se manifiesta en Caín, y luego, después del diluvio, se manifiesta en uno de los hijos de Noé, que fue Cam.

Cam tuvo un hijo o un nieto que hace luego la torre de Babel, que fue Nimrod. Y de

Nimrod se dispersan, pero viene la parte rebelde, uno de esos que se dispersan de la torre de Babel, y fundan una ciudad en Ur de los Caldeos. Y la historia —esto es historia, y usted lo puede corroborar con la historia—: en Ur de los Caldeos, en el tiempo de Abraham, se adoraba una trinidad, se adoraba un dios trinitario que estaba conformado por tres dioses, que eran Nana, Sin y Elí. El dios trinitario de Ur de los Caldeos. Y el rey se creía el hijo vicario del dios trinitario de Nana, Sin y Elí. Eso era lo que estaba ocurriendo en Ur de los Caldeos cuando estaban allí Taré y Abraham.

En ese contexto, digamos que Ur de los Caldeos era una ciudad que estaba en rebeldía contra el Dios verdadero y que estaba aliada con la doctrina y con los propósitos de Lucifer, el dios trinitario. ¿Qué hace Dios? Llama a Abraham. Génesis 12:1: «Empero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré» (Génesis 12:1). O sea, Dios saca a su remanente, que son sus aliados, que están con la doctrina del Padre y del Hijo; los saca de esta ciudad donde se adora un dios trinitario, donde el rey se cree el vicario, hijo de ese dios trinitario.

Entonces, ¿qué pasa? Bueno, dice la Escritura que Abraham obedeció. Abraham salió con su gente; o sea, Abraham se puso del bando de Miguel, y el rey de Ur de los Caldeos se mantuvo del lado del bando del dragón. Fíjense que eso es así. Esa es la batalla. O sea, esa batalla de Apocalipsis 12:7 es la batalla que está ocurriendo durante toda la historia de la humanidad, y



ángel de Jehová. Pero ¿cómo sabemos que ese ángel de Jehová era Jesucristo? Porque el ángel aparece en la zarza, y el ángel dice: Yo soy Jehová tu Dios, yo soy el que soy. Así que el ángel que está en la zarza se le presenta como el gran Yo Soy. Entonces, ese es Jesucristo, el ángel de Jehová, y Jesucristo se presenta como el Hijo del gran Dios verdadero y le dice: Ve y saca a mi pueblo. Y bueno, ustedes conocen la historia.

sigue ocurriendo actualmente. Sigue ocurriendo actualmente.

Egipto y el ángel de Jehová

Vamos ahora a Egipto. En Egipto también tenían su versión de un dios trinitario. En Egipto se adoraba al dios Amón-Ra, que era el dios sol, el dios Mut y el dios Jonsu, que eran la trinidad de Egipto. La trinidad de Egipto. Y también tenían un vicario, que era el faraón, quien se creía el hijo del dios Amón-Ra, del dios trinitario.

¿Qué pasa? Conocen la historia. Moisés se encuentra con el ángel de Jehová. Moisés se encuentra con Jesucristo mismo, con Miguel, porque dice que era un ángel, el

Lo importante es que entendamos que el Hijo de Dios se presenta a Moisés como un ángel en la zarza y lo llama a que sea él quien lidere la batalla que va a tener para liberar a su pueblo de Egipto. ¿Liberarlo de dónde? Del faraón, que era el vicario del dios trinitario. Liberarlo de Egipto y de la adoración a la trinidad egipcia: Amón-Ra, Mut y Jonsu. Eso también lo pueden ver en la historia. Estos nombres, que no están en la Biblia directamente, los busqué en la historia; usted puede corroborarlos en la historia. ¿Cuáles eran los dioses que adoraban en Egipto en el tiempo en que Moisés sacó a los hijos de Israel? ¿Cuál era el concepto del faraón? ¿Qué era el faraón?

¿El faraón era un simple rey? El faraón también era sumo sacerdote, vicario de ese dios trinitario egipcio.

El dragón quiere imponer su doctrina

Y ese es el modelo que siempre ha establecido el dragón. O sea, que el liderazgo de Egipto estaba de parte del dragón y de la doctrina trinitaria del dragón. Viene el ángel de Jehová, el Hijo de Dios, llama a Moisés, se revela como lo que es, y por medio de su mano sacan a Israel de Egipto y de esa falsa adoración. Fíjense que fue una batalla. También hubo una batalla.

¿Por qué? Porque la batalla la hace el dragón. Porque el dragón quiere obligar a todo el mundo a que acepten su doctrina y lo adoren a él, porque él dice: «Yo también soy el tercer Dios. Yo soy un tercero en la deidad. Yo también merezco adoración».

Y él la quiere imponer. Él la quiere imponer. No es como Dios y Cristo, que te exhortan, que te llaman, que te llaman con amor para traerte a la adoración verdadera. No, no. El dragón te quiere obligar a que tú lo adores a él. Eso siempre ha sido la historia.

¿Es real el infierno? ¿Lo negamos nosotros? No; nosotros aceptamos lo que está en la Biblia. Lo que pasa es que quien dice eso tiene doctrinas católicas; sigue con las doctrinas católicas. Los que inventaron el infierno son justamente los católicos, y lo inventaron, lo trajeron de los griegos, de los paganos. Pero la Biblia no habla de que la gente, cuando muere, va al infierno. No lo dice. Léete Apocalipsis 20. No pelees contra nosotros ni contra la Biblia. La Biblia dice que es después de los mil años cuando la

gente es lanzada en el lago de fuego, no antes. Así que busca tu Biblia. Busca tu Biblia.

David, Salomón y el Hijo engendrado

Bueno, en la historia, sigamos aquí con los que están unidos contra el engendramiento de Cristo. Vamos ahora a la época de David y de Salomón. Vemos ahora dos reinos. El reino de Dios, que es Israel, encabezado por David, el rey. Y a David se le revela —y también lo sabía Natán, que era el profeta— que el rey era el unigénito de Dios. Y lo sabemos porque en Segunda de Samuel 7:14, eso es lo que dice la Escritura: yo seré su padre y él me será a mí hijo. O sea, Dios dice que el hijo de David, el que mantendría el reino de David, es hijo también de él. Lo dice Segunda de Samuel 7:14.

Y el Salmo segundo, versículo 12, que lo escribió David, dice: «Besad al Hijo, porque no se enoje» (Salmos 2:12). El salmo dice: «Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy» (Salmos 2:7). O sea, Dios le revela a David que él engendró a su Hijo, y que su Hijo es del orden de Melquisedec, cosa que también, por cierto, sabía Abraham. No lo mencionamos, pero también lo sabía Abraham. Cuando Abraham se encuentra con Melquisedec, eso lo aprendió Abraham. Abraham entendió que de ese orden sacerdotal vendría la simiente prometida, su hijo, en quien serían benditas todas las naciones de la tierra.

Bueno, esto mismo sabía David, y lo tenemos allí: Salmos 2, versículo 7, versículo 11, versículo 12; Segunda de Samuel 7:14. O sea, David y Salomón

sabían que Dios tenía un Hijo, pero único. No había dos hijos de Dios: un solo Hijo de Dios. O sea, estaba el Padre y el Hijo, y el Espíritu de ambos: dos seres y un espíritu. Entonces, esa es la verdad que estaba en Israel. Ese es el Dios que se adoraba en Israel.

Los filisteos y Goliat

Pero paralelo, al lado, estaban los filisteos, y los filisteos estaban de parte del dragón; eran el reino del dragón. Y en ese lugar, ¿a quién se adoraba? La historia lo dice, ya están los versículos: Primera de Samuel 17:43, Jueces 16:23, Primera de Samuel 5:2, Segunda de Reyes 1:2 y Primera de Reyes 11:5 muestran que los filisteos adoraban a Dagón, adoraban a Baal-zebul y adoraban a Astarté. Eran una trinidad de dioses. Noten, interesante esto: el reino en oposición al reino de Dios, al pueblo de Dios, era trinitario, con sus dioses trinitarios, y ellos se iban en batalla contra el pueblo de Dios, el pueblo de Israel, por la verdad que manejaban.

O sea, fíjense: lo mismo, lo mismo. La batalla que hubo en el cielo, los dos bandos, estaban en la tierra; siempre se manifestaban, y por eso es que hubo la guerra con los filisteos. De hecho, acuérdense de que en la historia hubo una



batalla literal entre los israelitas y los filisteos. Y se vio cuando uno de los campeones de los filisteos, que era Goliat, salió y maldijo a David en nombre de sus dioses. ¿Cuáles eran sus dioses? Dagón, Baal-zebul y Astarté. O sea, que Goliat maldijo a David en el nombre de la trinidad filistea.

Pero David le dijo: Yo no vengo en nombre de una trinidad; yo vengo en el nombre de Jehová de los ejércitos. Y Jehová de los ejércitos es el Hijo. Porque Jehová de los ejércitos significa Jehová, el capitán de las huestes. Las huestes son los ángeles; el ejército son los ángeles. Entonces, ¿quién es el capitán de las huestes? ¿Quién es Jehová, capitán del ejército? ¿Quién es ese? Se lo dijo a Moisés, a Josué. Cuando se presentó

el ángel de Jehová, Josué le dijo: ¿Quién eres tú, de los nuestros o del enemigo? Y él dijo: Ni de lo uno ni de lo otro; vengo como capitán del ejército de Jehová. Y ese es Jesucristo.

Batallas literales: la honda y el monte Carmelo

Así que David le dijo: Yo vengo en el nombre de Jesucristo, en el nombre de Jehová de los ejércitos, Jehová capitán de las huestes de Israel. Y fue el que venció. Fíjense que fue una batalla: fue una honda literal, fue una piedra literal, era una batalla literal. Y los que estaban en conflicto eran los dos dioses. Eran los dioses, y obviamente las leyes, porque los filisteos querían someter a los israelitas a sus dioses y a sus leyes.

Y los israelitas ni siquiera estaban queriendo someter a los filisteos y obligarlos al Dios verdadero. No, señor. Porque ¿quién comenzó la batalla? ¿Quién comenzó la guerra? Los filisteos. Dios les había dado la oportunidad a las otras naciones de que se arrepintieran de esas falsas tríadas, de esas falsas trinitades, de esos falsos dioses, y de que abandonaran las leyes de esos dioses falsos y se sujetaran a sus leyes. Les dio oportunidad: desde que salieron de Egipto pasaron 40 años, y así sucesivamente. Pero ellos no lo quisieron. Pero era una batalla. Otro ejemplo de esta batalla se ve en el conflicto en Israel, Israel del norte. Mucho tiempo después de David y Salomón, se divide el reino en dos: Israel del norte y Judá del sur. En el norte, el rey del norte, que es Acab, y Jezabel. Jezabel era sacerdotisa del dios trinitario: de Baal, de

Astarté y de Tamuz. Eso lo dice Primera de Reyes, capítulo 16; usted lo puede verificar allí. Sabemos que un remanente se mantuvo fiel al verdadero Dios, que fue Elías. Elías y los 7000 que no doblaron sus rodillas ante los baales. Ellos fueron los que se mantuvieron firmes de parte del unigénito, del único Hijo de Dios, de Jehová.

Y bueno, al final el remanente fue victorioso. Ahí hubo también una batalla, hubo también una batalla en el monte Carmelo, y había 850 profetas, ¿no? 450 profetas de Baal y 400 profetas de los bosques (1 Reyes 18:19). Y hubo una batalla de adoración. Y cuando Elías demostró que el Dios verdadero era el Dios de Israel, Jehová de los ejércitos, tuvieron que decapitar a esos falsos profetas. Y Jehú vino a completar eso. Es una batalla literal. Eso está en la Biblia.

Miqueas: nacido en los días de la eternidad

Y luego también en tiempos de Miqueas. Justamente el tiempo de Miqueas es interesante, porque lo de Miqueas también es parecido a lo que pasó con Elías. El rey de Judá cuando Miqueas estaba profetizando era Acaz, y él también estaba adorando a los baales, a la trinidad de los baales —Baal, Astarté y Tamuz—, y junto con él mucha gente. Y es en ese contexto donde Dios mandó un profeta.

Y el profeta, en la profecía, dice: «Mas tú, Beth-lehem Ephrata, pequeña para ser en los millares de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días del siglo» (Miqueas 5:2), es decir, desde la eternidad. Sus

salidas, su nacimiento, su origen, son desde el principio, desde los días de la eternidad. O sea, Dios revela algo más. Revela algo más a Miqueas en el tiempo de la apostasía que tenía Acáz. ¿Qué revela? Revela que saldría de Belén el Mesías, pero que esa salida, ese nacimiento en Belén, no sería por primera vez, porque él ya había nacido antes, en los días de la eternidad.

Esa es la revelación, la revelación de Jesucristo que Dios le dio a Miqueas. Se la dio a Miqueas para manifestar a su pueblo remanente, a sus siervos, quién era el que iba a nacer en Belén. ¡Tremendo, tremendo, mis hermanos!

CONTINUARÁ...



MIQUEAS: NACIDO EN LOS DÍAS DE LA ETERNIDAD

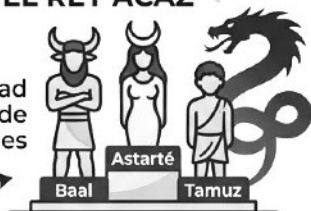
La profecía mesiánica frente a la apostasía

EL CONTEXTO DE APOSTASÍA: EL REY ACÁZ



El rey Acáz:
Líder de la
apostasía
en Judá

La trinidad
pagana de
los baales



LA PROFECÍA DE MIQUEAS 5:2



"Pero tú, Belén Efrata... de ti me saldrá el que
será Señor en Israel; y sus salidas son desde
el principio, desde los días de la eternidad."



EL DOBLE ORIGEN DEL MESÍAS

HUMANO: BELÉN EFRATA



Nacido en Belén en
el tiempo humano

Miqueas 5:2

DIVINO: DESDE LA ETERNIDAD



Engendrado desde los
días de la eternidad /
Salidas eternas

El Hijo preexistente



Revelación de fe para
el remanente de Dios



AntorchaProfetica.site

LA VERDAD PRESENTE

ESTUDIOS BÍBLICOS



¡NUEVO LIBRO!
*Los Estudios Bíblicos de los
Pioneros...*

Ahora en Español

Solicítalo GRATUITAMENTE
al +34.650.86.38.11

